



Empieza a llegar la ayuda de CCM a Haití

Akron (USA), 16 de febrero — El Comité Central Menonita (CCM) sigue enviando material de ayuda para emergencias a Haití, a pesar de los obstáculos que ralentizan la entrega.

El puerto de Puerto Príncipe sigue a sólo un 10% de la capacidad operativa que tenía antes del terremoto, según Darrin Yoder, gerente de Recursos Materiales. Existen puertos alternativos, pero la entrega se ralentiza por motivo de la distancia o porque esos puertos no están equipados con grúas que faciliten la descarga.

El envío por avión resulta excesivamente caro, según Daryl Yoder-Bontrager, director regional para América Latina y el Caribe, de manera que se está empleando muy poco. Cuando CCM recurrió al transporte aéreo para un envío de 31,75 toneladas de carne envasada en latas a Puerto Príncipe el 24 de enero, se encontró con que los controladores del tráfico aéreo desviaron el vuelo a Santo Domingo, en la República Dominicana.

La carne, envasada por voluntarios de CCM, se trasbordó a camiones que fueron escoltados a Haití por personal de las Naciones Unidas (ONU). Cuando llegaron a los depósitos de alimentos del Programa Mundial de Alimentos de la ONU el 29 de enero, se encontraron con más demoras puesto que había una larga cola de camiones esperando, algunos hasta uno o dos días, para descargar.

El personal de CCM en Haití pudo por fin empezar a recoger la carne el miércoles, 3 de febrero. De ese envío, la Assemblée de la Grace, una iglesia menonita en las afueras de Puerto Príncipe, pudo distribuir más de mil latas de carne entre miembros de la iglesia y muchos otros vecinos del barrio, que en muchos casos habían padecido la destrucción total de sus viviendas por motivo del terremoto.

Cinco otras organizaciones locales asociadas con CCM distribuyeron otras tantas partes del cargamento. Una de esas organizaciones, TIM-KATEC, Timoun Kap Tece Chans, tiene un programa de alimentación para 500 niños, muchos de los cuales ya carecían de hogar antes del terremoto,

además de otros que es ahora cuando se han quedado sin casa.

Entre tanto, hay otros dos cargamentos de carne, cada uno de casi 16 toneladas, que se prevé lleguen al puerto de St. Marc, Haití, el 18 o 19 de febrero. Desde allí serán llevados en camión hasta Puerto Príncipe, que se halla a unas tres horas por carretera.

También hay otros tipos de material de emergencia que está en camino y que se seguirán enviando en las próximas semanas, según Yoder. Ya están en camino dos cargamentos con



Ayudándose unos a otros, los vecinos de Haití cooperan en la construcción de refugios para dejar de vivir a la intemperie. Emmanuel Michel, al centro en la foto de arriba, opina que: «Todo el mundo tiene algo que puede hacer y Dios bendecirá al que bendice al prójimo». —Fotos de Ben Depp, en la web de CCM.

2.688 equipos de artículos de primera necesidad, 4.591 mantas, material médico muy diverso, unas 250 grandes lonas impermeables y 192 cajas de botellas de agua, linternas, desodorante... Las fechas estimadas de llegada de sendos cargamentos son el 20 y el 28 de febrero.

CCM también espera tener en Haití otras 9.000 lonas antes de que empiece la estación de la lluvia en Abril.

Con anterioridad, CCM había mandado mil filtros de agua y unos 53 mil dólares en efectivo a CCM Haití y sus socios, para que lo emplearan du-

También en este número:

La madurez cristiana (1)	2
La evolución de mis oraciones	4
Noticias de nuestras iglesias	6
Diccionario: La esperanza	8

rante los primeros días después del terremoto. Las iglesias menonitas de la República Dominicana también donaron alimento y otras provisiones.

Unas veinte cajas de material médico, destinado a suplir las necesidades de uno 800 adultos y niños, están siendo distribuidos ya en Haití. Yoder indicó que la Coalición de Respuesta para Haití, un nuevo socio de CCM en Puerto Príncipe, se expresó muy agradecido de que este material era «exactamente lo que veníamos necesitando para las clínicas móviles que tenemos atendiendo a varios de los campamentos de personas» damnificadas por el terremoto. Además de ello, CCM ha adquirido 5.000 equipos de primeros auxilios, que se repartirán por familias.

Al día 12 de febrero, CCM había recaudado aproximadamente 8,3 millones de dólares, que en su mayoría se emplearán en reconstrucción una vez se haya superado la crisis inicial. Un equipo de investigación de CCM espera reunirse en Haití el 22 de febrero para evaluar la situación y hacer recomendaciones respecto al trabajo a largo plazo de CCM en Haití. —Por Linda Espenshade, coordinadora de noticias, CCM.

- El día 17 de abril se celebrará una reunión en San Sebastián de los Reyes, de líderes de iglesias de AMyHCE con el matrimonio Brosseau, representantes de CCM en Europa. Allí seguramente se nos informará, entre otras cosas, cómo cooperar con este proyecto y otros de larga duración que tiene operando CCM en el mundo. Entre tanto, los particulares o iglesias que quieran donar para la obra de CCM en Haití, pueden informarse en la web: <http://mcc.org/>.

La madurez cristiana

1. La madurez cristiana en la Biblia

por José Luis Suárez

Hablar de la madurez cristiana en la Biblia, es hablar del ser humano que ha optado por seguir a Jesús y que, según el apóstol Pablo, está llamado a madurar para llegar a la plenitud en Cristo (Efesios 4,13-16). Se llega a la plenitud de la vida en Cristo en obediencia al llamado de Dios. Jesús es el modelo de madurez al que todos debemos aspirar.

En esta serie de estudios emplearé algunas veces la palabra «maduración» en lugar de «madurez», ya que la idea de maduración lleva el componente de progreso lineal, de evolución, de cambios, de camino. No existe madurez sin maduración, sin un camino que se está realizando. En el campo secular se habla de la psicología evolutiva. Considero que la madurez es el comienzo de un camino que no tiene fin.

La madurez cristiana tiene que ver con la totalidad de nuestra vida. Los ejes que configuran la vida humana son la calidad de relaciones interpersonales, el trabajo y nuestra relación práctica con el mundo exterior. Estas son las realidades que estructuran la vida de todo ser humano. La sugerencia es que la madurez debe afectar todas esas áreas en la vida del creyente.

El punto de partida es la cosmovisión de que la fe afecta toda la vida del ser humano, que el encuentro con el Dios vivo transforma el sentido de la vida de toda persona. No hay dos amores —el divino y el humano, el vertical y el horizontal— sino una correlación entre nuestra relación con Dios, con nosotros mismos y con el prójimo.

Los efectos trágicos de la falta de madurez cristiana son evidentes tanto en la enseñanza de la Palabra de Dios, como en la vida de la iglesia.

La madurez de la vida en Cristo es mucho más que una autorrealización personal, ya que no se concibe como un camino individual sin los demás y sin una referencia a lo divino.

Llegados a este punto, no se puede evitar la pregunta: ¿Qué tiene que ver la madurez humana con la cristiana? Es evidente que son dos realidades diferentes, pero al tiempo son dos mundos inseparables, por lo que ambas se mezclarán muy a menudo, por lo que será necesario en algunos momentos unir estos dos mundos y en otros separarlos. Es imposible separar la madurez cronológica, biológica, psicológica, existencial y espiritual, porque el ser humano es un todo.

Considero que la Biblia no concibe la madurez del ser humano como una autorrealización personal, que hoy está muy de moda; nada más que tenemos que leer alguno de los muchos libros sobre autoayuda para darnos cuenta de este enfoque. El padre de la autorrealización personal para muchos es Abraham Maslow, que a principio de los años setenta escribió el libro que le hizo famoso: *El hombre autorrealizado*.

La madurez de la vida en Cristo es mucho más que una autorrealización personal, ya que no se concibe como un camino individual sin los demás y sin una referencia a lo divino, sino como: «...hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Efesios 4,13).

Un acercamiento a este tema como a muchos otros de la Biblia, evidencia que ésta no está interesada en definiciones de términos. Esa manera de en-

tender la fe es producto de nuestra mentalidad moderna. La Biblia nos habla de la vida, de todo aquello que los hombres y mujeres vivieron, sin dar la importancia a definiciones de diccionario. Aunque una vez dicho esto, si tuviera que dar una definición, diría que la madurez cristiana se encuentra en la plenitud en Cristo. Pero esta afirmación es mucho más que una definición; es un camino. Y un camino no es un mapa. La mayor dificultad, cuando intentamos definir una palabra, es que lo hacemos desde las gradas y no desde el terreno de juego, por lo que por muy buena definición que demos, no deja de ser irreal.

Los efectos trágicos de la falta de madurez cristiana son evidentes tanto en la enseñanza de la Palabra de Dios, como en la vida de la iglesia. Esto se destaca especialmente en tres pasajes del Nuevo Testamento que califican a los creyentes inmaduros como niños: En Efesios 4,14 se describe la falta de madurez con los términos: «niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagemas de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error». En Hebreos 5,12-14 Pablo habla de tales niños como inexpertos en la Palabra, debiendo ser ya maestros. Después de tanto tiempo, necesitan más bien que se les vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de la palabra de Dios. En 1 Corintios 3,1-3 Pablo indica que los niños en Cristo son creyentes carnales, cuyos celos, contiendas y disensiones destruyen la unidad de la iglesia.

Resumiendo la enseñanza de estos tres pasajes, observamos que una falta de madurez espiritual perjudica tanto a los creyentes mismos, como a la congregación de la cual forman parte.

A lo largo de esta serie de estudios irán surgiendo algunas reflexiones más sobre lo que dice la Biblia a cerca de la madurez cristiana.

Desde hace mucho tiempo estoy convencido que una imagen vale más que mil palabras. Nuestro gran Maestro Jesús, la mayor parte de sus enseñanzas nos las dejó con imágenes. Así que deseo compartir una historia que resume lo que considero el eje central de esta serie de estudios.

Se trata de una historia tradicional sueca, que nos introduce de manera hermosa en la metáfora de la maduración:

Mudando las pieles del corazón

Una joven princesa llamada Aris, a causa de las fechorías de su padre con otros reinos para no ser invadido, debe ser entregada a un terrible dragón y casarse con él. Cuando el rey y la reina se lo dijeron, temió por su vida. Pero recuperando el ánimo, se dirigió al mercado para hablar con una mujer que todos conocían como una mujer sabia. La mujer le dijo que debía casarse con el dragón y le dio instrucciones para el día de la boda. En concreto, que ese día debía llevar puestos, uno sobre otro, diez vestidos de boda.

Después de la boda el dragón se llevó a la princesa a su palacio. Cuando llegaron al palacio la princesa dijo al dragón que debía quitarse sus vestidos con mucho cuidado y le dijo que a medida que ella se quitaba un vestido el debería hacer lo mismo. La princesa se quitó el primer vestido y observó como el dragón se quitaba la primera capa de escamas. Aunque era doloroso, lo había hecho antes alguna otra vez. Pero entonces la princesa se quitó otro vestido... y luego el siguiente. El dragón comprobó que en cada ocasión tenía que quitarse una capa más profunda de escamas. Al llegar a la quinta, el dragón empezó a llorar profundamente con lágrimas de dolor. Pero la princesa prosiguió.

Con cada capa sucesiva, la piel del dragón se volvía cada vez más tierna y su forma se ablandaba. El dragón se volvía cada vez más ligero. Cuando la princesa se quitó el último vestido, el dragón liberó el último vestigio de la forma de dragón y surgió un hombre, cuyos ojos brillaban como los de un niño liberado de todas sus cargas.

Intentaré a lo largo de esta serie de reflexiones dar pistas, herramientas, ideas, para poder eliminar estas escama de dra-

gón que experimentamos en el cuerpo, en el alma, en la mente, en las relaciones con nosotros mismos, con los demás y con el mundo que nos rodea.

Algunos comentarios que nos permitan reflexionar más sobre el tema

- Como un sueño, las capas de piel de dragón en este relato pueden encontrarse en nuestro interior. ¿Quitarnos estas capas podría hacernos pensar en la maduración cristiana? Palabras como purificación, limpieza, soltar, deshacerse, confianza..., son parte de la vida de todo ser humano. La maduración cristiana es dolorosa y es doloroso desprendernos de nuestras escamas con las que nos protegemos de los demás, de nosotros mismos y muchas veces hasta de Dios. El proceso de maduración nos lleva a pasar por el gran terror de casarnos con el dragón, que para cada persona puede significar cosas diferentes. «Casarnos con el dragón» sería descubrir que a medida que se van eliminando escamas —madurando— no todo es dolor: aparece la alegría de la vida y se suceden muy a menudo momentos maravillosos, que aportan una restauración a toda nuestra vida. ¿Será esto la maduración? Algunos hablan de estas escamas como los siete pecados capitales del ser humano. Estas escamas son como armaduras que nos alejan de



la plenitud de la vida, de la maduración. Podemos ponerles muchos nombres: ambición, deseo de poder, falta de valía, de confianza en uno mismo, inseguridad, falta de autocrítica, autoestima, etc.

- A medida que las escamas van desapareciendo, nos volvemos seres tiernos, vulnerables, compasivos, cercanos, con un corazón tierno; sensibles, confiados, abiertos a la vida, a las sorpresas, a los demás y a Dios. ¿Nos acerca esto a la plenitud en Cristo? Hablar de maduración cristiana, es cuestión de ir despojándose de viejas «pieles» de maneras de ser, de vivir y de pensar. Es un proceso de cambios que exige compromiso para toda la vida. El camino de la maduración, no es como una autopista que uno sale cuando quiere, o como un trabajo que se puede dejar cuando a uno no le gusta. La maduración cristiana no es opcional, no tiene jubilación.

- La metáfora de Jesús de la vid y los pámpanos en San Juan 15, ¿puede darnos pistas sobre este tema? ¿La poda en esa parábola nos acerca a la historia del dragón y sus cambios de pieles?

- La maduración, ¿podría ser despojarnos de viejas pieles que nos impiden caminar? ¿Podría ser estar dispuestos a eliminar nuestras vestiduras, nuestra piel, nuestro corazón, nuestro cerebro... sin que quede nada?

- La historia del dragón, ¿nos sugiere alguna capa con nombre concreto de la cual debemos despojarnos en el camino de la maduración cristiana?

«Crecer es el acto de dar un salto aterrador a lo desconocido, lo indeterminado, lo inseguro, lo impredecible. Es un salto que mucha gente nunca da en su vida» (Scott Peck).

En el próximo número:

2. Hoja de ruta para la madurez cristiana

La evolución de mis oraciones

por Dionisio Byler

Desde hace algunos años descubro que orar, lo que es «orar» —es decir hablar palabras a Dios— es algo que me cuesta horrores. El verbo «orar» viene a significar «hablar». Y el término «oración» tiene su acepción religiosa, como discurso humano dirigido hacia Dios, pero tiene también su uso más normal en el estudio de la gramática. La oración es esa unidad de pensamiento articulado en palabras —normalmente con sujeto y predicado— que solemos indicar, al escribir, arrancando con una letra mayúscula y finalizando con un punto. Entonces, si hablar a Dios con palabras y frases coherentes como discurso humano es lo que significa «orar», resulta que últimamente casi no oro.

Es curioso que una persona tan locuaz, al que nunca me faltan palabras cuando se me pide que hable sobre algún tema que me resulta medianamente interesante... sin embargo me quede sin palabras en los ratos que aparto para hablar con Dios. Es curioso que una persona como yo, cuyo don y ministerio para la iglesia de Cristo en todos los países donde se habla español es las palabras que escribo —en artículos breves para *El Mensajero* y en los libros que voy sacando desde hace treinta años— me quede tan singularmente sin saber qué decir ni cómo empezar cuando toca orar.

En otro momento de mi vida o si mi temperamento fuera diferente, supongo que me tomaría esta realidad

Cuando tengo algo que decirle a Dios, mis oraciones suelen ser cortas y al grano. A veces se quedan en una exclamación que cualquiera que me oye pensaría trivial y carente de contenido como comunicación con la Deidad.

con honda preocupación, como un síntoma de un desplome de mi vida espiritual. Pero el caso es que a pesar de que le hablo poco a Dios y normalmente no se me ocurra nada que contarle ni pedirle, tengo la sensación —que tal vez no tenía tan clara antes, cuando «oraba» más— que toda mi existencia es un diálogo permanente (aunque sin palabras) con Dios.

Y cuando sí tengo algo que decirle, mis oraciones suelen ser cortas y al grano. A veces es una exclamación que cualquiera que me oye pensaría trivial y carente de contenido como comunicación con la Deidad. Un: «¡Dios mío!» —que tiene todas las apariencias de ser solamente una exclamación de sorpresa, contratiempo o impaciencia. Un: «¡Ay, Señor!» —que más bien parecería un suspiro de resignación humana sin esperanza de que nadie responda. Un «¡No, no, no...! ¡No puede ser! ¡Ay Dios mío de mi vida...!» —que si alguien me



Algunos se sienten en comunión con Dios al contemplar la naturaleza...

escucha interpretaría como expresión de terror pero no de auténtica conversación con el Creador. Quizá cuando suelto una sonrisa y exclamo: «¡Gracias, Papá!», sea más adivinable la intención de oración —especialmente si a continuación le recrimino: «¡Gracias, Papá! Pero, ¿no te parece que más que conseguirme un lugar donde aparcar el coche, tendrías que alimentar a los que ahora mismo se te están muriendo de hambre?» Una oración irreverente, tal vez, pero por lo menos reconocible como hablarle a Dios.

Puede ser que sea precisamente porque «mi oficio» y actividad normal son las palabras, lo mucho que leo y lo mucho que escribo, además de lo que predico en la iglesia o disertó en clase, que las palabras de oración se me quedan sin articular y mi conversación más habitual con Dios sea el silencio, la reflexión, la meditación y el pensamiento sin palabras.

Quizá sea que después de tantos años ya me quedan muy pocas cosas nuevas que decirle o contarle a Dios, que no le haya dicho ya muchas veces a lo largo de la vida. Hay cosas que me parece que mencionárselas una vez más sería tratarle de tonto o de olvidadizo. Cuando cada instante de mi despertar (y no me cabe duda de que también mis sueños) está tan claramente abierto a su Presencia constante, que lo vive todo a mi lado, ¿qué le puedo decir que ya no sepa, qué le puedo pedir que ya no le haya pedido precisamente en un suspiro, con una expresión de mi rostro, con la aceleración de mi corazón o la agitación de

mi respiración? Si estamos tan presentes para el otro, él y yo... Si él sabe antes que yo mismo lo sepa cabalmente, que algo me irrita o me satisface, me angustia o serena, me produce dolor o alegría, parecería que sobran las palabras.

Hace unos cuarenta años Dios me dio el don de la oración en lenguas como una manera, precisamente, de dejar de lado mis peticiones y alabanzas trilladas y repetitivas, gastadas y carentes ya de sentido después de tanta reiteración. Durante muchos años, entonces, mi refugio ante el no saber qué decir, fue el ejercicio de ese don. Tenía la impresión —muy carente de modestia, desde luego— que podía presumir igual que Pablo, de que yo hablaba en lenguas «más que» ningún otro. Es un don que siempre está ahí y a veces me sigue viniendo bien para determinadas situaciones. Pero ya últimamente casi nunca ni eso, sino el silencio.

Algunas personas sienten especialmente cercano a Dios en la soledad y el silencio a la intemperie y disfrutando de la naturaleza, lejos de la civilización y agitación humanas. Hay alguien muy próximo a mí que practica senderismo a solas en largas excursiones de varias semanas en las montañas del Oeste americano. Ahí se siente en comunión con toda la Creación y por consiguiente, también con el Creador.

Algo parecido me pasa a mí con la música.

«Orad sin cesar» —nos insta el apóstol. Quisiera tener el atrevimiento de imaginar que tal vez sea eso lo que por fin me está pasando. Que en lugar de no orar, lo que pasa es que nunca dejo de orar (aunque sea en silencio y sin palabras).

Es como que a mí —lo que es a mí— la sensación de la Presencia sobrecogedora del Señor de todo lo que existe no me entra por los ojos, contemplando la naturaleza, sino por los oídos, oyendo un cuarteto de cuerdas o un quinteto de vientos o una sonata de piano. Me puedo quedar en el más absoluto recogimiento, con los ojos cerrados, las manos sobre mis rodillas, abiertas y con las palmas hacia arriba, y por el MP3 me entra un pequeño anticipo de la música sagrada de todos los astros y todo ser creado que con su sola existencia alaba a su Señor. Estos compositores y músicos —seguramente pecadores empedernidos todos ellos— con la magnificencia de su creatividad humana y la belleza de la estructura de sus ondas sonoras, alaban sin saberlo a aquella Mente Creadora que les concedió —inmerecidos ellos— el don de la musa musical... y me transportan al Trono de toda Paz y Seguridad eterna.

Y allí, ante ese Trono, me parece que me sobran las palabras y sólo toca respirar hondo, relajar los músculos y los sentimientos, y disfrutar del hecho de existir en la Presencia de la Luz fulgurante que me dio el alma.

Aunque me cueste hallar palabras que decirle a Dios, no todo es silencio entre nosotros. Desde hace muchos años tengo el hábito de empezar el día con la lectura de la Biblia. Me hace gracia y me río de la situación ridícula en que me encuentro, de que ahora, cuando por fin —de haberla leído tantas veces— tengo cada vez más clara en la mente el mensaje de toda ella como un solo testimonio de Dios, mis neuronas empiezan a envejecer y me



...y a mí me pasa al escuchar un cuarteto de cuerdas.

cuesta cada vez más recordar qué fue lo que leí esta misma mañana en la Biblia. Si hay algo que tal vez se aproxime a la capacidad de la música para producirme un placer inefable, tiene que ser la experiencia cada día de encontrarme ante el texto hebreo, arameo y griego y descifrar —a veces traducir al castellano— lo que ese texto pone. Tal vez no sean del todo palabras mías, como lo sería una «oración personal» en toda regla... pero sí son el testimonio de los sabios escribas de Israel y de los apóstoles de Jesucristo, que en mi acto de traducirlas al castellano se transforman en palabras también mías. Y esto también es una especie de conversación entre Dios y yo.

En los años —tal vez décadas— que el Señor me conceda todavía vivir, aguardo con curiosidad y no poco sentido de humor, a ver cómo sigue evolucionando mi experiencia de la oración.

Confío que estos renglones sirvan de aliento y tal vez incluso de inspiración para otros que también se encuentran, como yo mismo, en esta maravillosa aventura de ir descubriendo día a día qué nos depara el vivir en relación filial, reconciliados y en paz con Dios nuestro Padre.

«Orad sin cesar» —nos insta el apóstol. Quisiera tener el atrevimiento de imaginar que tal vez sea eso lo que por fin me está pasando. Que en lugar de no orar, lo que pasa es que nunca dejo de orar (aunque sea en silencio y sin palabras).

Noticias de nuestras iglesias

Gran pintura y limpieza

Hoyo de Manzanares, 25 de enero — El sábado y domingo pasados tuvimos dos jornadas de pintura y limpieza del local de Hoyo de Manzanares. Lo cierto es que fue un tiempo de mucho gozo el poder trabajar juntos, y el sentirnos parte de un mismo proyecto de Dios para bendecir a otras personas. El sábado comenzamos a las 10 de la mañana, comimos juntos en el local, y trabajamos aproximada-

mente hasta las 4 de la tarde, para después poder ir a celebrar en Madrid el aniversario de Josué y Mercy. El domingo volvimos a comenzar temprano, y trabajamos hasta el mediodía. Nos han quedado algunos detalles, que terminaremos a lo largo de la semana. Algunas de las mujeres de la iglesia estuvieron apoyando los trabajos haciéndose cargo de los niños, y permitiendo que otros dedicaran todas sus energías a la pintura y la limpieza. ¡Muchas gracias a todos!



Aniversario Josué y Mercy

Madrid, 25 de enero — El sábado por la noche tuvimos en el local de Madrid una fiesta sorpresa para Josué y Mercy, que han cumplido cincuenta años de matrimonio. Durante la reunión pudimos escuchar los recuerdos de su matrimonio en Cuba, cuando Josué era un joven pastor. Pudimos cantar varias canciones cristianas de aquellos tiempos pioneros en los que el evangelio comenzaba a extenderse por la isla. También pudimos ver varias fotos de aquel tiempo, es-

cuchar algunos testimonios de las personas que les conocieron, y que llegaron a conocer personalmente a Cristo mediante su testimonio. Y sobre todo pudimos dar gracias a Dios por ellos dos, por su testimonio, y por su ministerio que aún continúa entre nosotros, medio siglo después.





Ya han empezado las obras

Burgos, febrero 2010 — Aunque ya en el otoño empezaron algunas obras de preparación del terreno, ahora es cuando empieza a observarse bastante más actividad en el solar donde se construye la Sede Social y Lugar de Cultos de nuestra iglesia en Burgos. En octubre la Iglesia menonita de Burgos se fusionó, como se recordará, con otra iglesia evangélica hermana de la ciudad.

Es la nueva iglesia resultante la que aborda esta importante obra, que no sólo es necesaria por el número de los asistentes a nuestras reuniones sino que contribuirá a dar mayor visibilidad a la presencia evangélica en general en nuestra ciudad.

Los terrenos fueron cedidos por el Excmo. Ayto. de Burgos. Es de todo el mundo conocida la delicada situación presente para todo lo que sea la obtención de créditos inmobiliarios. La iglesia tiene algunos fondos propios y afrontaría con confianza el reto de pagar la hipoteca, cosa que los bancos tampoco ponen en duda. Sin embargo la realidad es que ahora mismo este tipo de proyecto «no interesa» al sector bancario, por lo que estamos confiando que Dios proveerá fuentes alternativas de financiación.

Se ha ideado un plan de créditos pequeños (tan poco como mil euros), que la iglesia devolvería pagando un interés justo para que —como mínimo— ese dinero no pierda su poder adquisitivo. La carta invitando a participar así en este proyecto y con los detalles del contrato para tal préstamo, se ha enviado a los líderes de todas nuestras iglesias. Cualquiera que no haya visto dicha carta y desearía cooperar, puede ponerse en contacto con nuestra iglesia. (Ver las señas en: www.menonitas.org/iglesias.htm).

Recordamos a todas las iglesias hermanadas en AMyHCE, que tienen estas páginas a su disposición para darnos a los demás la alegría de celebrar conjuntamente las novedades y acontecimientos de nuestras iglesias hermanas.

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

esperanza — El sentimiento de esperanza es universal en el ser humano y si aquí lo tratamos como un término teológico o bíblico, es porque figura tan preeminentemente en el mensaje de los profetas bíblicos. El desespero no es propio de quien confía en Dios, cree en Dios y se sabe amado y aceptado por Dios.

En su sentido más básico y terrenal, la esperanza es un mecanismo necesario para nosotros como seres biológicos animales, que nos ayuda a motivarnos para emprender las acciones necesarias para nuestra supervivencia y la de nuestra especie en primera instancia, luego también para otros objetivos que nos parezcan razonables y deseables como seres humanos. Es difícil imaginar que el árbol posea esperanza, puesto que no le serviría para nada ya que no hay nada que pueda hacer. Incapaz de desplazarse a lugares con mejores suelos o más agua, depende —con o sin esperanza, da lo mismo— del azar de dónde fue a caer la semilla desde la cual germinó, las lluvias de las que depende para sobrevivir y el viento, los insectos, murciélagos o aves de las que depende para polinizar sus flores y así reproducirse...

Pero los seres humanos hemos desarrollado, junto con el habla y la complejidad de nuestras interacciones unos con otros, la esperanza como reacción ante las promesas de aquellos en quienes hemos aprendido por la experiencia a confiar. Estas promesas y esperanzas se pueden frustrar reiteradamente hasta que a veces nos acaba invadiendo la desesperación; pero es asombrosa nuestra capacidad de volver a recuperar la esperanza ante el más leve indicio de que las cosas puedan cambiar para mejor. Y a veces hasta somos capaces de seguir esperando hasta el final —hasta la muerte— cuando ya nada indica que sea razonable mantenernos esperanzados.

El apóstol Pablo, al final de 1 Corintios 13 (el capítulo donde se explica en la descripción del amor cristiano) cierra observando que hay tres cosas que permanecen para siempre: la

fe, la **esperanza** y el amor. En relación con Dios, estas tres están muy vinculadas entre sí. Es el amor a Dios y el amor de Dios por nosotros, lo que nos inspira a creer en él y a serle fieles como respuesta a esa fe. Porque la fe y la fidelidad son siempre dos caras indivisibles de una misma moneda. Se es fiel con Dios porque se cree en él, y creemos en Dios porque él ha demostrado ser fiel con nosotros.

La esperanza está tan vinculada con la fe que son casi un mismo concepto. Y en nuestra relación con Dios, es también un aspecto de lo que significa amarle y ser amados por Dios.

Es por su amor que Dios nos promete su acompañamiento, su guía y su misericordia y perdón para la vida presente y la resurrección y vida eterna más allá de la muerte. Estas promesas no siempre generan automáticamente **fe** en nuestro corazón. Pero aunque no alcancemos del todo a creérnoslas con convencimiento total, sin embargo seguimos siendo capaces de **esperar** que (ojalá) sean ciertas. Aunque no estemos del todo convencidos (no tenemos mucha fe) de que Dios nos acompaña hoy y nos dará un futuro mejor, es posible seguir esperando que así sea. Y esa esperanza nos puede inspirar a conductas de fidelidad con Dios y con sus mandamientos, que son en efecto la misma fidelidad que es en sí misma inseparable de la fe. Es decir que por la fe —por creer— podemos esperar que Dios cumpla lo que ha prometido. Pero también al contrario, por la **esperanza** (aunque sin creérnoslo del todo) podemos ser fieles —lo cual es lo mismo (aunque sólo sea por los efectos prácticos) que tener fe.

¡Así entra la fe por la ventana, cuando halla cerrada la puerta de nuestros pensamientos! ¡Bendito sea Dios, entonces, por el maravilloso don de la esperanza! Aunque dudamos, no perdemos del todo la esperanza. Y quien espera en Dios jamás será defraudado.

La esperanza cristiana está también vinculada estrechamente con la virtud cristiana de la paciencia. La paciencia es esa capacidad humana ya no de motivarse para la acción sino todo lo contrario, de descansar en quietud y reposo. La paciencia es el don de no sentirse obligado a intervenir ni reaccionar cuando las cosas van mal. Quien espera en el Señor sabe que Dios es fuerte y poderoso para salvarnos. Sabe, por consiguiente, renunciar a sentirse responsable, afanándose y estresándose en luchas vanas e inútiles. Atribuyendo al Señor la justa responsabilidad de emprender las acciones que sean necesarias, entonces, esta esperanza que se expresa como paciencia permite a Dios tomar la iniciativa y ejercer de Dios y de Salvador —que al fin y al cabo es lo suyo.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org